



[www.loqueleo.santillana.com](http://www.loqueleo.santillana.com)

Título original: MI ABUELO TIENE 8 AÑOS

© 2015, Yina Guerrero

© De esta edición:

2016, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Calle Juan Sánchez Ramírez No. 9, Ens. Gascue

Apartado Postal 11-253 • Santo Domingo, República Dominicana

Teléfono 809-682-1382

ISBN: 978-9945-19-368-8

Registro industrial: 58-347

Impreso por: Editora Corripio S. A.

Impreso en República Dominicana

Primera edición: marzo de 2016

Director de Arte y Producción:

Moisés Kelly Santana

Subdirectora de Arte:

Lilian Salcedo Fernández

Diagramación: Ana Gómez Otaño

Edición: Ruth Herrera

Ilustración de cubierta: Guillermo Pérez

Ilustraciones: Guillermo Pérez, Yatxel Sánchez

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada ni transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por un medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo escrito de la editorial.

# **Mi abuelo tiene 8 años**

Yina Guerrero

loqueleo



*A la memoria de mi abuelita materna,  
cariñosamente Polín, a quien muchas veces  
acudí buscando respuestas, y a la de tío Arturo,  
su hijo, que heredó la compañía del alemán.*



## Mi abuelo tiene 8 años

—El abuelo Max va a pasar una temporada con nosotros —dijo mi madre mientras el abuelo se adelantaba mirando a su alrededor—. Se le olvidó cómo llegar a su casa y los vecinos me lo trajeron...

9

¿Cómo alguien tan mayor como mi abuelo olvida su camino? Parecería imposible ¿verdad? Si cuhucientas veces ha ido y venido del mismo lugar. Pero esas son las cosas raras que no entiendo de mi abuelo. Mamá dice que todo es culpa del “alemán”.

¿Y ese alemán dónde está? ¿Y quién es? La curiosidad me carcomía por dentro, pero no pregunté nada ya que mamá hablaba muy

en serio cada vez que me decía que no debía entrometerme en asuntos de los mayores.

Ahora con el abuelo en casa, mamá anda detrás de él casi todo el tiempo. O si no, se la pasa en la cocina preparándole una sopa o hablando por teléfono con la tía Sofía, con-  
10 tándole las “hazañas” del día del abuelo Max.

—¿A dónde vas, abuelo Max? —preguntó mi madre—. ¿No te vas a perder aquí dentro, verdad?



Al oírla, me quedé pensando que no era justo culpar al abuelo. Él nunca había venido a quedarse en nuestra casa y, además, era una casa muy grande.

En las mañanas, al levantarme, el abuelo Max ya estaba despierto. Era un madrugador por excelencia. Sin duda, se había tomado muy a pecho el refrán: al que madruga Dios lo ayuda, como dice mi maestra a los niños que llegan tarde al colegio. Caminaba de un lado a otro, mirando a lo lejos.

11

—¿Me quieres matar del susto? —dijo con la mano en el pecho y los ojos bien abiertos, cuando entré sin avisar en la habitación que mamá le había preparado.

—Perdóname, abuelo —me disculpé de inmediato.

—¿Y a ti qué mosca te picó? Yo, abuelo no soy, yo soy Max —respondió.